



**Observatorio de
Asuntos Internacionales**
UNIVERSIDAD FINIS TERRAE

Observatorio Internacional

Nº22 | Noviembre 2017

Facultad de Comunicaciones y Humanidades | Universidad Finis Terrae



- **Trump: a un año de ganar la presidencia de EE.UU.**
- **Las redes diplomáticas de la Santa Sede**
- **¿Realmente será el fin del Estado Islámico?**
- **Los movimientos separatistas de Medio Oriente y el Cáucaso**
- **El errático manejo comunicacional del independentismo catalán**

CAMBIOS EN EL MAPA MUNDIAL

Al cumplirse un año de su triunfo electoral sobre Hillary Clinton, Donald Trump conmemoró esa fecha en plena gira por Asia. Pero esta también coincidió con los índices de popularidad más bajos que ha tenido él o cualquier otro mandatario de Estados Unidos, a solo nueve meses de haber llegado a la Casa Blanca. Es que durante este tiempo, Trump no ha dejado indiferente a nadie. Y por eso quisimos revisar lo que ha sido hasta ahora la gestión del 45º. presidente de EE.UU., en términos de política local e internacional.

Por su parte, el papa Francisco visitará Chile en enero del próximo año. Y aprovechando ese hito, en el Boletín Internacional quisimos abordar la importancia histórica de la Santa Sede en el ámbito de la política exterior y su reconocida tradición como mediador en conflictos internacionales.

A su vez, tras la liberación de Mosul (Irak) y de Raqqa (Siria), el Estado Islámico parece haber perdido definitivamente el control territorial de su autoproclamado califato. Pero, ¿es realmente el fin de esta milicia yihadista? Todo indica que no.

Tras tensos meses de negociaciones y fallidas declaraciones de independencia, Cataluña avanza hoy hacia los importantes comicios del 21 de diciembre, ante lo cual muchos se preguntan qué caracterizó la confusa estrategia comunicacional del destituido Carles Puigdemont y por qué.

Y como Cataluña no es el único movimiento separatista actual, aprovechamos de abordar otros casos en diferentes zonas del mundo, como son los kurdos, osetios, abjasios, escoceses, irlandeses y las regiones ucranianas, entre otros.

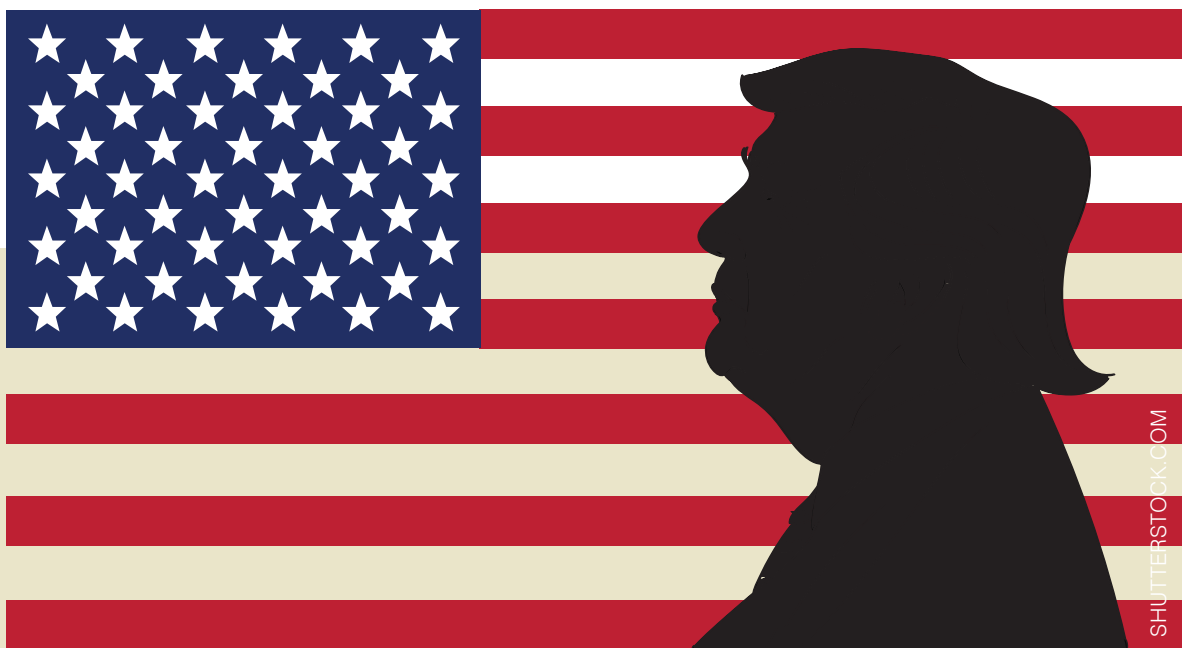
Alberto Rojas M.
Periodista, Universidad Diego Portales.
Magíster en Ciencia Política, Pontificia Universidad Católica.
Director del Observatorio de Asuntos Internacionales
Facultad de Comunicaciones y Humanidades Universidad Finis Terrae.



Trump: a un año de ganar la presidencia de EE.UU.

Renuncias de miembros de su gobierno, la “trama rusa” y el paulatino repliegue de Washington del escenario mundial son parte de los temas que han marcado este período.

Alberto Rojas M.



La mañana del 9 de noviembre del año pasado, millones de personas –tanto en Estados Unidos como en otros países– se despertaron con un escenario que muchos, la noche anterior, habrían considerado casi imposible: la derrota de Hillary Clinton y el triunfo de Donald Trump.

La victoria del candidato republicano, quien logró sumar 270 votos del Colegio Electoral, dejó en evidencia la incapacidad de la mayoría de las encuestas para calibrar el

verdadero pulso electoral de esta potencia mundial, inició una progresiva polarización del país y, además, ahondó –hasta la fecha– el abismo surgido entre Trump y la mayoría de los medios de comunicación estadounidenses que fueron críticos con su campaña.

Es probable que la mayoría de los balances surjan cuando Trump cumpla un año en la Casa Blanca, en enero de 2018, pero a lo largo de estos meses resulta un hecho



indesmentible que su gestión a la cabeza de Estados Unidos no ha dejado a nadie indiferente.

La reciente gira de Trump por Asia coincidió, precisamente, con este primer aniversario de su triunfo. Pero también con diferentes sondeos que han dado cuenta de un desplome en su apoyo entre la ciudadanía estadounidense. Así lo demuestra, por ejemplo, la reciente encuesta Washington Post-ABC News, que arrojó un 59% de rechazo a Trump, el peor de cualquier presidente de EE.UU. en su noveno mes en la Casa Blanca.

Polémica interna

Es que las comparaciones con su predecesor, el demócrata Barack Obama, o incluso con el anterior presidente republicano, George W. Bush, resultan inevitables. Y frente a eso, no son pocos los que se preguntan si su estrategia para “volver a EE.UU. grande de nuevo” –su eslogan de campaña– ha sido la más adecuada.

Trump es una figura de blancos y negros; se está con él o en su contra. Y el primer herido de gravedad producto de su victoria electoral fue, precisamente, el Partido Republicano. Básicamente porque si bien

se aseguraron regresar a la Casa Blanca hasta 2020, el precio ha sido alto. Porque el partido permanece dividido, a tal punto que figuras como Bush hijo o el ex gobernador Arnold Schwarzenegger han hecho ver sus críticas a la actual conducción del país.

Además, consecuente con su estilo personalista y agresivo que tantos buenos resultados le dio en el pasado en el ámbito de los negocios, Trump ha hecho de su hiperactiva cuenta personal de Twitter – porque se niega a utilizar la oficial– un medio a través del cual no solo opina, sino que también utiliza para enunciar futuras decisiones ejecutivas o derechamente para descalificar a oponentes como la prensa.

Asimismo, en menos de un año, la cantidad de cambios en el gobierno de Trump ha sido un reflejo –en la mayoría de los casos– de lo difícil que es trabajar con él, así como un llamado de atención respecto de la elección de dichas figuras.

El hoy ex secretario de Salud Tom Price fue de los últimos en dejar su cargo, producto de un escándalo por el uso de vuelos chárter para sus viajes oficiales por un monto superior a los US\$ 400.000, según el sitio especializado Politico.com.

A él se suman figuras como Sebastian Gorka, el polémico consejero presidencial acusado de tener lazos con grupos de extrema derecha; Steve Bannon, el también consejero y arquitecto de la “política populista” de Trump que le permitió ganar en las urnas; o Anthony Scaramucci, quien llegó a la Casa Blanca para dirigir las comunicaciones y combatir las filtraciones a la prensa, pero que apenas duró diez días en su cargo tras hablar de manera despectiva de otros integrantes del Gobierno.

A estos se suman Reince Priebus, el ex jefe de gabinete que renunció luego que Scaramucci lo calificara de “loco esquizofrénico”; Sean Spicer, el ex portavoz de Gobierno, cuya credibilidad quedó en tela de juicio cuando afirmó que la investidura de Trump había sido la más multitudinaria de la historia; y el polémico Michael Flynn, ex consejero de Seguridad, quien solo alcanzó a estar veintidós días en el cargo y debió renunciar por su participación en la llamada “trama rusa”.

En ese contexto, este último tema hoy es su peor pesadilla, en la medida que la investigación en torno a los vínculos de su equipo de campaña con Moscú – supuestamente con el objetivo de influir en la elección y perjudicar a Clinton– está lejos de haber concluido.

Así quedó demostrado hace pocos días, luego que George Papadopoulos, el ex asesor de política exterior de Trump, admitiera haberle mentado al FBI; tal vez el primer gran hito en la investigación especial encabezada por Robert Mueller, ex director de esta agencia (2001-2013) y cuyo sucesor, James Comey, fue destituido por Trump al inicio de su mandato.

A todo lo anterior se suma su esfuerzo constante por derogar el “Obamacare” e impulsar vetos migratorios que frenen la

llegada de ciudadanos de países en que el islam es la religión predominante, con resultados aún no definitivos.

Liderazgo mundial

En términos de política exterior, el balance también ha sido controvertido. Sus reiteradas críticas a la OTAN, la decisión retirar a Estados Unidos del Acuerdo de París sobre cambio climático y la salida de EE.UU. de la Unesco, dan cuenta de su desconfianza hacia las instituciones internacionales y el cuestionamiento a los aliados históricos de su país.

Todas ellas, medidas que alimentan el temor a un creciente aislacionismo por parte de Washington. Una medida que si bien no ha sido explícita en términos de su discurso, sí lo ha sido en la práctica.

La iniciativa de construir un nuevo muro divisorio con México también se puede leer como una decisión aislacionista, a pesar de que la justificación ha sido el combate a la inmigración indocumentada, así como al tráfico de drogas y armas.

Con respecto a Siria, en abril pasado, un bombardeo focalizado a modo de advertencia al gobierno de Bashar al Assad –tras un ataque con armas químicas contra población civil–, hizo pensar que EE.UU. daba un paso hacia un mayor involucramiento en la búsqueda de una solución a esta guerra civil iniciada en 2011. Pero no fue así, quedando solo como una anécdota.

Lo mismo ocurrió en Afganistán, donde Trump ordenó ese mismo mes lanzar su mayor bomba no nuclear (la GBU-43) en contra de supuestos miembros del Estado Islámico (EI) en este país.

Y si hablamos del EI, la mayor amenaza yihadista de los últimos diez años, lo cierto es que el rol de EE.UU. en la liberación



de Mosul (Irak) y de Raqqa (Siria) estuvo lejos de ser protagónico, dejando en gran medida ambas operaciones en manos de fuerzas militares locales.

Tema aparte es la pugna casi personal entre Trump y el líder norcoreano Kim Jong-un, lo que ha hecho escalar la tensión nuclear en la península coreana. Un conflicto de “suma cero” en el que ni Washington ni Pyongyang parecen dispuestos a ceder o negociar.

Trump también ha tensionado la relación con Irán, país con el que EE.UU., Reino Unido, Francia, Rusia, China y Alemania

sellaron en 2015 un acuerdo que limita –pero acepta– su programa nuclear. Y que el mandatario estadounidense ha amenazado con dejar sin efecto.

EE.UU. ha jugado un rol clave en el sistema político internacional desde fines de la Segunda Guerra Mundial. Pero con muchas de sus decisiones a lo largo de estos meses, Trump está retirándose de esa posición, dejando espacio libre a otros actores, como Rusia o China. Algo que no será fácil de recuperar.

Las redes diplomáticas de la Santa Sede

Con una tradición de siglos, el trabajo diplomático del Vaticano con el resto de los países es uno de los más importantes del mundo, sobre todo en la mediación de conflictos.

Luis Lira C.



La próxima visita del papa Francisco a Chile, en enero de 2018, ha dado la posibilidad a los interesados en el tema de repasar las dos dimensiones que posee la religión católica en el mundo. Por una parte, se encuentra la dimensión espiritual y el enfoque pastoral de la Iglesia, que por tradición nace de los primeros seguidores de Cristo, al tiempo que su líder, el papa, es el sucesor del apóstol

Pedro en un cargo que se ha transmitido por más de 2.000 años. La otra parte, es la jerárquica e institucional, constituida por un gobierno propio (la Santa Sede) en un país propio (el Vaticano), que establece al papa como un jefe de Estado y que mantiene relaciones diplomáticas con más de 180 países a través de sus embajadas llamadas nunciaturas.



Estas características otorgan al Vaticano la particularidad de ser la única teocracia de Europa, pero también un Estado de cualidades específicas y una organización internacional que agrupa a más de 1.200 millones de católicos en el mundo.

Visto como un organismo estatal, la Santa Sede ha gozado durante años de un prestigio diplomático tanto en sus relaciones entre países como en su rol mediador entre Estados en caso de conflicto externo e interno; los organismos de inteligencia suelen solicitarle información y su intervención ha dado diversos resultados en los últimos años. Como ejemplos concretos, a nivel local se recuerda la mediación papal entre Chile y Argentina por el conflicto del Beagle en 1978, y más recientemente, el acercamiento entre Cuba y Estados Unidos, así como la crisis política y económica de Venezuela.

Redes de contactos

La Santa Sede fue el primer Estado que creó una escuela para formar diplomáticos, la Academia de Nobles Eclesiásticos, fundada por Clemente XI en 1701. Sus miembros tienen que ser sacerdotes destacados en sus diócesis. Se les pide obligatoriamente los doctorados en Derecho Civil y Canónico y, una vez instalados en Roma, deben seguir

estudiando en las facultades locales como monseñores. Esto permite tener un cuerpo de trabajo en constante funcionamiento, independiente del papa de turno. Y el resultado de su trabajo engrosa la larga lista de documentos vaticanos acumulados durante siglos. Esta información, ligada al trabajo de las nunciaturas, permite tener un conocimiento en tiempo real del acontecer del mundo.

Durante años, la discreción ha sido su principal característica, y se invierte en tecnologías destinadas a mantenerla. Domenico Giani, responsable de la seguridad del Vaticano, realiza con tecnología traída desde Israel un control diario de las ondas electrónicas que ingresan al lugar. Pese a esto, las principales filtraciones no han salido de aparatos, si no que de funcionarios internos, como lo hizo Paolo Gabrielle, mayordomo personal de Benedicto XVI, y monseñor Lucio Ángel Vallejo Balda, en la época de Francisco.

A pesar de estas filtraciones, el servicio de Inteligencia del Vaticano es reconocido como uno de los más respetados del mundo, confirmado en sus relaciones con la CIA y otros organismos especializados. Su fuerte es la capacidad humana: su red de informadores va del mundo religioso al

político, pasando por las ONG. El corazón de esta red llega directo al secretario de Estado del Vaticano, Pietro Parolin, el “número dos” de la Santa Sede. A su cargo está la Primera Sección, que se encarga de asuntos generales, y la Segunda Sección, que lleva las relaciones con los otros países.

Trescientas personas trabajan para este motivo en la Secretaría de Estado. Solo Parolin puede dirigirse directamente al papa respecto a un caso de interés; pero para cualquier consulta, el pontífice puede dirigirse a cualquier miembro de la Secretaría de Estado.

Además del cuerpo diplomático destinado en cada país, la Santa Sede puede encomendar a sacerdotes y religiosas que sean informantes de manera confidencial, y que se encarguen de recolectar información sobre acontecimientos y personas.

Juan Pablo II y el Beagle

Desde fines del siglo XIX, Chile y Argentina discrepaban sobre la frontera entre ambos países en su extremo sur. En caso de controversias, habían sometido su jurisdicción al Reino Unido para que fallara al respecto, y el laudo de 1977 otorgó a Chile la mayor parte de las islas en disputa y sus beneficios oceánicos. Dicho laudo fue declarado “insanablemente nulo” por Argentina y provocó movimientos de guerra en los dos países, que también atravesaban difíciles situaciones internas.

En 1978, alertado por las conferencias episcopales de ambos países y Estados Unidos, el recientemente electo papa Juan Pablo II se ofreció como mediador con el fin de evitar la guerra. Chile y Argentina aceptaron, lo que dio inicio a una negociación fronteriza que duró seis años y que en un principio fue guiada por el negociador nombrado por el papa, el cardenal Antonio Samoré.

Cerca de 200 reuniones se realizaron en la Casa Pío IV de la Santa Sede, donde se

ubica la Pontificia Academia de Ciencias. En 1980, Juan Pablo II presentó su propuesta de solución, que fue aprobada con reservas por Chile y puesta en duda por Argentina. La búsqueda de un acuerdo definitivo se enfrió en los años siguientes, dado el atentado sufrido por el papa en 1981, la Guerra de las Malvinas en 1982 y la muerte del cardenal Samoré en 1983. Ese mismo año, Juan Pablo II nombró como encargado de las negociaciones al secretario de Estado del Vaticano Agostino Cassarolli, que contó con mayor margen de acción por su cargo.

En 1983, Argentina regresó a la democracia con Raúl Alfonsín, y las negociaciones diplomáticas entre ambas partes se hicieron más en Sudamérica que en Roma. De esta forma, en 1984, Juan Pablo II presentó su nueva propuesta, anunciando que sería la última. Ambos países la aceptaron y firmaron el Tratado de Paz y Amistad que se mantiene hasta hoy. Y si bien en el último período de las negociaciones Chile y Argentina lograron mayor acercamiento, a Juan Pablo II y la Santa Sede se debe el mérito concreto de evitar una guerra que era inminente.

Cuba y Venezuela

Antes que fuera excomulgado por Juan XXIII, la Santa Sede vio con optimismo la llegada al poder de Fidel Castro por su condición de católico. El triunfo de la Revolución llevó esto al olvido y Cuba fue declarado un país ateo.

Si bien hubo un descenso de religiosos en el país, la relación entre la Santa Sede y la isla se mantuvo por vías formales e informales. Ejemplo de esto último fue el contacto que mantuvo Tekla Famiglietti, superiora de la Congregación de Santa Brígida y cercana a Juan Pablo II, quien logró establecer contacto con Fidel Castro. La “papisa”, como es apodada por su influencia, logró que Castro le diera un inmueble en el centro de La Habana para establecer una casa de alojamiento para su congregación.



En los años de Barack Obama, el impedimento para lograr mayor acercamiento con Cuba era la discrepancia entre prisioneros que tenían ambos países. Siguiendo instrucciones de Obama, el senador Patrick Leahy pidió la mediación de la Santa Sede. El papa Francisco escribió cartas a Obama y Raúl Castro ofreciendo sus oficios y abogando por los prisioneros en Estados Unidos y Cuba. El acuerdo del intercambio de estos se consiguió en octubre de 2014, en una nueva reunión en el Vaticano.

Por el lado de Venezuela, la situación ha sido más difícil. Invitada como mediadora

por el gobierno y la oposición, la Santa Sede se ha opuesto a la puesta en marcha de la Asamblea Constituyente, hecho que no dio resultados. Previo a esto, el papa Francisco hizo movimientos en la Iglesia de Venezuela, nombrando cardenal al arzobispo de Mérida, Baltazar Enrique Porras. Por su parte, la Compañía de Jesús nombró como nuevo general en el país a Arturo Sosa. Y aunque de momento todo acuerdo está en punto muerto, es de esperar que con el tiempo, el Vaticano pueda sacar frutos con su destacada y tradicional diplomacia.

Luis Lira Camposano
Periodista, Universidad Finis Terrae.
Magíster en Estudios Internacionales, Universidad de Chile.
Actualmente se desempeña como Secretario Académico
de la Carrera de Periodismo de la Universidad Finis Terrae.
Es profesor de Historia Contemporánea de Occidente y del ramo Europa en el siglo XXI.
luisliraft@uft.cl



¿Realmente será el fin del Estado Islámico?

La liberación de Raqqa, en Siria, fue un golpe directo al corazón del autoproclamado califato de esta milicia yihadista. Pero eso no significa, necesariamente, su derrota.

Alberto Rojas M.



SHUTTERSTOCK

La imagen sonriente de Rojda Felat, comandante de las Fuerzas Democráticas Sirias (SDF, por sus siglas en inglés), levantando la bandera de su fuerzas militares en medio de las ruinas de la icónica plaza Al Naim, dio la vuelta al mundo. Era la postal que resumía la ardua campaña iniciada en junio de este año con el objetivo de tomar el control de Raqqa, la capital del autoproclamado califato del

Estado Islámico (EI). Probablemente, el último bastión de esta milicia yihadista que desde 2014 había desafiado a la comunidad internacional al lograr un efectivo control territorial de gran parte del norte de Irak y Siria. Y cuyos atentados en diferentes países de Europa elevaron hasta el tope las alertas antiterroristas de diferentes países.



Muchos consideran que con la recaptura de Mosul, en Irak, en julio de este año; y de Raqqa, hace solo semanas, el EI ha perdido sus principales bastiones. Y que esto sería el golpe definitivo a esta agrupación que -en su momento- claramente fue subestimada por la comunidad internacional; la misma que desde un comienzo buscó consolidar el control efectivo de un territorio que llegó a tener ocho millones de personas viviendo bajo su gobierno.

Sin embargo, otras voces han advertido que esto no es el fin del EI y que si bien su califato acabó sucumbiendo, la organización tendría la capacidad de continuar funcionando con una estrategia diferente.

Una compleja evolución

Las raíces del Estado Islámico se pueden encontrar incluso antes de que se le conociera con ese nombre. De hecho, su origen está en el Irak post invasión estadounidense de 2003, tras la cual se desató una violenta confrontación entre los sunitas y chiítas de este país, al tiempo que Irak se fue convirtiendo en el campo de batalla de la lucha entre diferentes grupos

yihadistas y las tropas de ocupación estadounidenses.

Fue en este contexto que el jordano Abu Musab al Zarqawi fundó Al Qaeda en Irak, en 2004, y dio inicio a una oleada de atentados, secuestros y ejecuciones difundidas en video que se extenderían hasta 2006, cuando la contrainsurgencia estadounidense dio con su paradero y acabó con él al bombardear la casa en que se ocultaba.

Su muerte se tradujo en un declive de la organización, hasta que en 2010 Abu Bakr al Bagdadi se transformó en su líder, pero bajo un nuevo nombre: el Estado Islámico en Irak (ISI, en inglés).

En 2013, en el marco de la guerra civil que había estallado en 2011 en Siria, el ISI se unió al entonces Frente Al Nusra (filial de Al Qaeda en ese país) en contra del presidente Bashar al Assad. Y en abril de ese año, Al Bagdadi tomó la decisión de fusionar ambos grupos bajo el nombre de Estado Islámico de Irak y Siria (ISIS). Sin embargo, el Frente Al Nusra no aceptó su jefatura y rechazó la unión.

Esto llevó a que en junio de 2014, el entonces ISIS rompiera sus lazos con Al Qaeda y proclamara el nacimiento de su "califato" en los territorios que ya controlaba en el norte de Irak y Siria, oportunidad que aprovechó para rebautizarse como Estado Islámico.

Desde un comienzo, el EI -una agrupación sunita- evidenció un nivel de radicalización mucho mayor que el de Al Qaeda, ajusticiando no solo a occidentales capturados en la zona (como periodistas y trabajadores humanitarios) y musulmanes chiitas, sino también a sunitas moderados.

Asimismo, la estrategia del EI se desmarcó claramente de la de Al Qaeda, al tener como objetivo principal establecer un control político y territorial concreto, llegando a difundir en internet un mapa que abarcaba desde la península Ibérica y el norte de África, hasta la península Arábiga e India (incluyendo Sri Lanka).

Ahora, a pesar de que ese mapa parece solo un mal recuerdo, existe una entendible cautela ante el futuro del EI.

¿Derrota o estrategia?

Para Lina Khatib, directora del Programa

sobre Medio Oriente y el Norte de África, del centro de estudios londinense Chatam House, "la captura de Raqqa a manos de las fuerzas respaldadas por Estados Unidos, representa el fin del califato del Estado Islámico, pero no la desaparición del Estado Islámico"¹. ¿La razón? "Los militantes del EI y sus líderes aún existen y seguramente intentarán transformar la organización en un grupo insurgente similar a Al Qaeda para compensar la pérdida de su territorio".

En efecto, numerosos líderes del EI fueron eliminados en los últimos años, pero muchos otros permanecen activos, comenzando por el propio Al Bagdadi, cuya muerte -a pesar de ciertas versiones rusas- nunca se ha podido comprobar.

En ese contexto, de acuerdo a una declaración entregada por el Comando de Tareas Conjuntas de la coalición, se estiman entre 3.000 y 7.000 los miembros del EI que aún permanecen combatiendo en Irak y Siria.

¹ "After the fall of Raqqa, is this the end of IS?", por Kelsey Munro. SMS News. 23 de octubre de 2017.

<http://www.sbs.com.au/news/article/2017/10/19/after-fall-raqqa-end>



Asu vez, en términos regionales, la amenaza del Estado Islámico se proyecta más allá de los territorios iraquí o sirio. Información recabada por el Consorcio Nacional para el Estudio del Terrorismo y la Respuesta al Terrorismo (START, en inglés), dependiente de la Universidad de Maryland, asegura que el EI sigue siendo una “fuerza letal” en Libia, así como en Egipto y ciertas zonas de Afganistán arrebatadas a los talibanes”².

Y si no es el fin del EI, ¿acaso podría ser una estrategia bien calculada para articular un contraataque a futuro?

Según el analista militar Omar Abu Layla, “el EI no luchó como se esperaba. Su estrategia ha consistido en replegarse y esconderse en el desierto” ; una extensión de 130.000 kilómetros cuadrados que se extiende por el centro y este de Irak. Y que según fuentes de inteligencia, es un territorio conocido para este grupo, ya que fue la base de operaciones de Al Qaeda en Irak tras la invasión de EE.UU.

Una opinión que comparte Hasan Hasan, autor de *Dentro del Ejército del Terror*, uno de los libros más completos escritos sobre el EI: “el proceso de transformación de un cuasi Estado a una insurgencia empezó en los primeros meses del año pasado (2016). El grupo empezó a incrementar paulatinamente la adopción de tácticas de insurgencia, incluidos ataques terroristas en áreas fuera de su control, en lugares previamente inalcanzados por la organización, ni siquiera en la cumbre de su poder, en el verano (boreal) de 2014”.

Sin la posibilidad de financiarse a partir de la venta ilegal de petróleo, los secuestros extorsivos o el tráfico de piezas arqueológicas; sin su autoproclamado califato ni la capacidad de reclutar nuevos

integrantes, el Estado Islámico parece destinado a extinguirse en el mediano plazo.

Por eso, su mejor refugio es el ciberespacio, donde aún sigue siendo muy activo a través de foros y cuentas en diferentes redes sociales. De hecho, no hay que olvidar que gran parte de los extranjeros que entre 2014 y 2015 se sumaron voluntariamente a las filas del EI (fundamentalmente europeos) lo hicieron tras ser reclutados a través de internet. Precisamente el ámbito en el cual se han ido sumando amenazas de diferente tipo contra la organización del Mundial de Fútbol de Rusia, el próximo año.

Otro aspecto relevante para el futuro del EI dice relación con la capacidad de mantener su cohesión, o si -como ha ocurrido con otras organizaciones terroristas- acabará fragmentándose en nuevos grupos con niveles de radicalización similares o incluso mayores.

De momento, el mayor peligro es el hecho de que el discurso del EI se ha transformado en una especie de ideología que ya no necesita de un cuartel general o una cúpula político-religiosa que la promueva. Y es ese pensamiento, precisamente, lo que mueve a actuar a los temidos “lobos solitarios”, capaces de concretar ataques “de bajo costo”, muchas veces solo con un auto o un camión, como ha quedado demostrado en ciudades como Barcelona, Niza, Berlín o Londres.

Hoy, el Estado Islámico está lejos de aquella imbatible amenaza que parecía ser hace solo un par de años. Sin embargo, como organización, es una especie de “animal herido” que buscará -usando los últimos recursos que tenga a mano- demostrar que sigue siendo un desafío y una amenaza para la comunidad internacional.

² Ibidem.

Los movimientos separatistas de Medio Oriente y el Cáucaso

Más allá del caso de Cataluña, hoy en el mundo hay muchos otros ejemplos de causas independentistas que se mantienen vigentes y que podrían modificar los mapas políticos que conocemos.

Manuel Férrez G.



Si existe un punto de coincidencia entre el referéndum de Cataluña y el llevado a cabo en el Kurdistán iraquí -además de la cercanía en el calendario, lo que provocó muchas comparaciones en los medios de comunicación-, se encuentra en que ambos se inscriben en las promesas de descentralización, tanto de Madrid

como de Bagdad, que en el caso catalán (descrito por Josep Colomer como “un federalismo no institucional”) desembocó en dos dinámicas: por un lado, esfuerzos de recentralización por parte del gobierno de Madrid y por el otro, un movimiento social que llamaba a la independencia de Cataluña.



En España, el debate sobre el “estatus de las autonomías” ha impactado tanto los niveles económico-financieros y políticos como los deportivos, culturales y educativos, dejando a una sociedad española en general -y catalana en particular- con amplias fracturas y desencuentros post referéndum, dentro de una Unión Europea (UE) que demostró su incapacidad de intervención en este tipo de conflictos.

El caso catalán es solo uno más de varios nacionalismos latentes en una Europa que tiende a la fractura, pues los casos de Escocia, Irlanda, Ucrania, el País Vasco, Flandes, Padania y Cerdeña, Baviera y Córcega (por mencionar solo algunos), demuestran que las dinámicas centrífugas intraeuropeas son más intensas de lo que se suponía en una Europa post Segunda Guerra Mundial, centrada en el proyecto de la UE como proceso cohesionador centrípeto. Pero no solo en Europa presenciamos el renacer de los movimientos separatistas.

En Medio Oriente y el Cáucaso, también hay tensiones secesionistas e independentistas que complican al futuro geopolítico de la zona. Si bien algunos están inactivos y

otros se encuadran en movimientos de ampliación de autonomía, algunos son abiertamente separatistas y vuelven a demostrar que al interior del asunto de la delimitación de fronteras -tanto entre Estados como al interior de cada uno de ellos- existen tensiones y dinámicas económicas, políticas e identitarias que no están siendo resueltas de manera adecuada.

El caso kurdo ha llamado poderosamente la atención en los últimos años y si bien es el caso que potencialmente podría impactar más en la región de Medio Oriente, está lejos de ser el único, pues la inestabilidad estructural del Estado en Oriente Medio y el Cáucaso invita e incita a que grupos subnacionales se activen políticamente, y en algunos casos extremos, militarmente. Es por eso que haré una brevísima exposición de algunos de ellos.

En Azerbaiyán el caso de la República de Artsakh (conocida internacionalmente como la República de Nagorno-Karabaj) demuestra que la independencia obtenida por Armenia y Azerbaiyán a principios de la década de los noventa heredó un

conflicto gestado en la época soviética que hasta hoy parece irresoluble. Ya Thomas de Wall en su libro *Black Garden: Armenia and Azerbaiyán through Peace and War* nos deja clara la profundidad identitaria e histórica que esta región -formal e internacionalmente reconocida como parte de Azerbaiyán y ocupada por Armenia- tiene para ambas sociedades.

Uno de los conflictos más complicados de Medio Oriente es el de Chipre¹, en donde la parte turca del norte de la isla se ha declarado como la República Turca del Norte de Chipre, un Estado de facto con escaso reconocimiento internacional (solo Turquía la reconoce). La intervención militar griega desde el retiro de las fuerzas británicas de la isla, sumada a la invasión militar turca de 1974, ha establecido una división física de los habitantes greco-chipriotas y turco-chipriotas que ha creado una dinámica muy negativa, pero tristemente muy patente en Medio Oriente: existencia de negociaciones formales e intervención internacional sin contactos sociales entre las dos partes afectadas por

1 Aunque la mitad greco-chipriota sea formalmente parte de la Unión Europea es imposible estudiar y analizar Medio Oriente sin hacer referencia a la historia de esta pequeña isla de solo 850.000 habitantes, pero que ha impactado la región desde hace siglos.

el conflicto (el caso sirio actual demuestra que esta dinámica sigue siendo la norma)².

En Georgia encontramos no uno, sino dos movimientos secesionistas, ambos apoyados decisivamente por Rusia, especialmente después de la guerra ruso-georgiana de 2008³. La República de Abjasia y la de Osetia del Sur -ambas partes integrales de Georgia desde su independencia el 9 de abril de 1991 de la Unión Soviética-, buscan intensamente romper con el Estado georgiano para anexionarse a la Federación Rusa. Y en los últimos nueve años, han vivido bajo el control y protección de Rusia, la cual firmó el 26 de agosto de 2008 decretos por los cuales se reconocía la independencia de ambas repúblicas. Esta independencia solo es apoyada por Nicaragua, Venezuela, Tuvalu, Vanuatu y Nauru, y son totalmente rechazadas por la Unión Europea y Naciones Unidas.

2 Para más información sobre la situación en Chipre, consultar el artículo "La cuestión de Chipre durante la administración del AKP. ¿Viejos asuntos, nuevas aproximaciones?", de Nikos Christofis, en "Un retrato de la Turquía contemporánea" Donelli, Chiriatti y Férez.

<https://www.youtube.com/watch?v=Ev17xj5U2C8>

3 <https://www.youtube.com/watch?v=Ev17xj5U2C8>



Azeríes, árabes, turcomanos, baluches y kurdos de la República Islámica de Irán también conforman (en diferentes grados de intensidad) movimientos nacionales que buscan desde una independencia (kurdos, baluches y árabes) hasta una unión con otro Estado (el caso de los azeríes con la República de Azerbaiyán y en el de los turcomanos con Turkmenistán).

En el Irak contemporáneo, nos encontramos con una incapacidad manifiesta y expresa de las instituciones estatales para integrar a sus minorías étnico-religiosas. Si bien el caso kurdo acapara la mayor parte de la atención internacional, tanto asirios y turcomanos, así como yezidíes, también muestran un desafío al gobierno de Bagdad y sus tendencias centralistas heredadas de la época de Saddam Hussein. La represión a cualquier manifestación secesionista en Irak choca con la redacción de la Constitución de 2005, la cual habla de una "unión voluntaria" al Estado iraquí⁴.

Pocas veces, al analizar el conflicto palestino-israelí, se enfoca la ocupación israelí en Cisjordania desde la perspectiva de un movimiento secesionista. Algunos colonos israelíes en territorios palestinos proponen la creación de una nueva entidad estatal: el Estado de Judea. Esta propuesta tomó fuerza después de que la Organización para la Liberación de Palestina (OLP) declarara la existencia del Estado Palestino en 1988 -y aún más, después de los Acuerdos de Oslo de 1993- y fue el partido Kahane (ilegalizado en Israel por sus propuestas racistas anti árabes) quien propuso la creación de un Estado gobernado por la Halajá (ley religiosa judía) en todos los enclaves judíos de Cisjordania. Si bien esta propuesta no ha trascendido, es interesante agregarla a las dinámicas palestino-israelíes⁵.

4 Para detalles legales del referéndum kurdo en Irak ver: https://www.huffingtonpost.com/entry/the-kurdish-referendum-is-it-legal_us_59bc1af7e4b02c642e4a1620

5 Ver Rubinstein, Danny (22 January 2007). "The State of Judea". Haaretz, y "Settlers seek new nation called Judea". Eugene Register-Guard. 17 January 1989.

La República Autónoma de Chechenia ha resultado un dolor de cabeza para Moscú y parte importante de su política regional, pues dos guerras después (la última dirigida por Vladimir Putin y que provocó una destrucción humana y material terrible en Chechenia), el separatismo checheno ha mutado a una oposición islámica a Rusia, lo que ha llevado el terrorismo islámico a las propias calles de Moscú (como lo demostró el atentado en el Teatro Duvrovka en 2002 y otros similares en la capital rusa).

De las ruinas de la guerra en Siria, dos cosas quedan claras: una es que prácticamente nadie duda de que Bashar al Assad se mantendrá en el poder y otra es que los movimientos separatistas no árabes tomarán más fuerza en cualquier escenario futuro. En este sentido, destaca el proyecto de Rojava en las regiones kurdas del norte del país, y el movimiento As Suwayda, que busca establecer un Estado druso en el suroeste de Siria. Otras minorías, como los asirios y turcomanos, también podrían radicalizar sus propuestas separatistas hacia Damasco o por lo menos sus demandas de autonomía.

No podría terminar esta breve exposición de los principales movimientos separatistas de Medio Oriente y el Cáucaso sin hacer referencia a los kurdos de Turquía, quienes desde la creación del Estado turco en 1923, demuestran ser un desafío político y cultural a las propias bases de la república ideada por Atatürk. Desde propuestas de federalismo hasta amenazas de separación, los 20 millones de ciudadanos turcos de origen kurdo aún no encuentran su lugar en una Turquía que históricamente ha preferido la represión a la negociación.

El norte de África y Asia Central también presentan un mosaico de grupos étnicos, lingüísticos y religiosos que en los últimos años tienden a presentar su caso ante el mundo como movimientos subnacionales reprimidos por gobiernos centralizadores

e intolerantes a la diferencia étnica, religiosa y/o lingüística. Si bien en este espacio es imposible trazar algunos de ellos, es importante dejar constancia de su existencia para un estudio posterior.

Ante el panorama descrito, la pregunta que surge es: ¿cuál es el futuro cercano de la región? Algunos expertos hablan del federalismo como la solución a mediano plazo de esta crisis de legitimidad del Estado; otros hablan de la necesidad de mantener a toda costa la soberanía de las formaciones estatales surgidas post Primera Guerra Mundial desde las ruinas de un Imperio Otomano (hoy Turquía) que hoy se percibe como un ente más tolerante a las diferencias que los Estados nación actuales.

Existimos otros que pensamos que la mejor manera de lidiar con este tipo de movimientos es darles cabida política, cultural, identitaria y constitucional a estas manifestaciones y, en algunos casos -en que haya cierto nivel de consenso en la comunidad internacional-, establecer nuevas entidades políticas que den sentido y sean viables.

En lo que todos coincidimos es que el Estado-nación tal y como lo conocemos hoy, en Medio Oriente y el Cáucaso no funciona sino por medio de la represión y censura. Es innegable el fracaso de las estructuras estatales actuales y es nuestra obligación pensar y reflexionar en otras opciones viables para encontrar la paz y estabilidad en la región.

Manuel Férrez G.
Profesor de Medio Oriente y Cáucaso Universidad Anáhuac Puebla, México.
Maestría en Integración Europea, Universidad Autónoma de Barcelona y
Maestría en Estudios Judaicos Universidad Hebreaica.
Especialidad en Medio Oriente y Ciencia Política, Galille Institute, Israel.
Licenciatura en Sociología, UNAM.
Ha compilado cinco libros especializados en Medio Oriente,
siendo el más reciente “*Un retrato de la Turquía contemporánea*” (2017)
Mail: ferezmanuel@yahoo.com



El errático manejo comunicacional del independentismo catalán

El intento separatista del destituido Carles Puigdemont dejó en evidencia una serie de errores que socavaron las bases de su causa.

Paul Venturino D.



La independencia de Cataluña es una de las aspiraciones más sentidas de sus habitantes y uno de los **drivers** clave del sentimiento de unidad nacional. A pesar de que esta comunidad autónoma no disfruta de vida independiente desde hace varios siglos, y de que incluso fue fuertemente castigada por dictaduras como la de Primo de Rivera o Franco, el

sentimiento de “nacionalidad histórica” marca su devenir político y su relación con el resto de España.

Los catalanes, junto a los gallegos y vascos, son reconocidos como una nacionalidad histórica, por lo que poseen un estatuto -algo similar a una Constitución y normas derivadas- que les dan mayores



derechos y atribuciones autonómicas en el federalismo español. Y si bien en los últimos cincuenta años, el catalanismo fue esencialmente federalista -debido al dominio de los centristas Convergència i Unió-, en los últimos años tomó fuerza la opción independentista liderada por la unión Junts Pel Sí, formada por los centristas y por el izquierdista Esquerra Republicana de Catalunya.

Una aspiración social y política

Uno de los elementos más interesantes del catalanismo es que su fuerza no está dada principalmente por el dominio de un territorio -aunque Barcelona sea su centro icónico-, como pasa con otros nacionalismos como el vasco, el serbio, el escocés o el irlandés. Al contrario, y debido a que desde varios siglos ha sido subsumida por el territorio español, su basamento clave es el idioma y la cultura como elemento de identificación. Por eso, las dictaduras modernas de Primo de Rivera y Franco, a través de los decretos de nueva planta, prohibieron hablar el catalán: qué mejor forma de destruir una nacionalidad que evitando que la amalgama social se produzca. Y, al contrario, la reconstrucción social del país, luego de la transición a la democracia, se

orientó a recuperar el idioma y los espacios en que este se podía hablar.

Si bien el argumento económico de la importancia del PIB catalán (20% del PIB de España) es una de las explicaciones más recurridas por los catalanes para apoyar su derecho a la autonomía, este es complementario al sentimiento de pertenencia y de comunidad distintiva dentro del territorio español. La industria local vale no porque sea local, sino porque ha sido construida desde el sentimiento de unidad histórica.

Es justamente por esto, que el sentimiento independentista y las acciones asociadas -declaración, plebiscito- tienen tanta fuerza. Lo que los políticos catalanes empujan está basado en un sentimiento social amplio, histórico, que se ha forjado durante décadas en dos ideas: es de toda justicia que ello pase y que la nación catalana debe poseer un reconocimiento de estatus diferenciado que, idealmente, implique ser un país con todas las de la ley.

Y si bien es cierto que parte importante de los habitantes de Cataluña no son independentistas ni les interesa ser parte de la nación separada, sí están

inmersos en un sistema que propende a la reivindicación histórica. Y es justamente en este punto que el nacionalismo catalán se diferencia en forma importante de otros en Europa: al fundarse en la lengua, no busca una limpieza territorial y puede ser bastante integrador. Quizás basado en la milenaria tradición comercial de sus habitantes, en la medida que se acepte ser parte del mundo del idioma y de los requerimientos de este, los catalanes aceptan a quienes migran o están en su territorio como parte de esa nacionalidad.

La mirada española

Desde su formación como país -o incluso antes desde el siglo XIV, cuando estaba invadida y luego fue unificada por los reyes- a partir de la visión central de Madrid y de Castilla, España ha sido construida culturalmente como un solo país, promoviendo elementos de unidad (como la corona) o destruyendo la disidencia (en parte importante del siglo XX). Incluso la república que era española tendía al federalismo, pero no a la separación.

En este proceso, ha lidiado permanentemente -con mayor o menor habilidad- con las nacionalidades históricas en un federalismo corregido en que los partidos mayoritarios (el Partido Socialista Obrero Español y el Partido Popular) han logrado sumar a partidos pequeños para mantener la unidad del país. De hecho, como comentábamos antes, la centrista Convergència i Unió logró avances importantes para su comunidad autónoma, negociando apoyo en el Parlamento español al PSOE y luego al PP.

Y si bien gobernantes como Felipe González o José María Aznar fueron más hábiles en negociar y manejar la autonomía y el independentismo, Mariano Rajoy se ha destacado como un político que no está dispuesto a negociar y que tiene una mucho menor habilidad. Junto a ello, su necesidad de frenar este proceso,

lo ha obligado a negociar con otros grupos parlamentarios que han visto en este conflicto una excelente oportunidad para lograr reivindicaciones.

Además, ante la mirada del independentismo de izquierda catalán, Rajoy representa la estructura conservadora autoritaria que ha impedido que los catalanes logren lo que deseen.

Los errores de comunicación y política

Este contexto histórico es el que marca el surgimiento de Carles Puigdemont como presidente catalán y como el líder que ha empujado la declaración de independencia. Si bien Catalunya no ha logrado generar un argumento distinto o que signifique una nueva razón para su independencia, Puigdemont y la coalición que lo apoya (apoyaba), construyó el proyecto de independencia no desde el fondo, sino repitiendo viejos argumentos y confiando que la sola declaración y ejecución de un proceso consultivo eran razones suficientes para lograr el objetivo.

Y a pesar de que no discutimos el sentimiento nacional y que la aspiración tiene un fuerte apoyo en las instituciones catalanas, lo que Puigdemont leyó muy equivocadamente fue que el apoyo en las calles y las marchas serían una vía definitiva de presión sobre Madrid y que contaría con el apoyo decidido de otras entidades que él y su grupo político consideran como catalanas.

Es así que no previó que una parte importante de las empresas tradicionales de la zona no solo no los apoyaron comunicacionalmente, sino que se plantearon derechamente en contra, cambiando su sede (queda por ver finalmente en qué termina eso).

El siguiente error de Puigdemont y su grupo fue esperar que otros países lo apoyarían en el proceso, ya sea respaldando su



independencia o al menos apoyando mayores facultades para negociar. Y si bien en los años 90 y principios del 2000, varios países europeos tuvieron ese apoyo (como los que conformaban la ex Yugoslavia o los integrantes del Reino Unido), el Brexit y otros procesos complejos han hecho que la Unión Europea endurezca su posición como una forma de evitar desmembramientos o procesos que afecten la unidad del continente. De hecho, es interesante que las otras nacionalidades históricas españolas como el País Vasco y Galicia, amén de comunidades de raíz catalana como Valencia o Islas Baleares, fueron muy tibias en su apoyo.

El tercer error, y que probablemente fue el más inesperado, fue la efectividad de la posición anti independencia que tomó Mariano Rajoy. Si bien el presidente español no se caracteriza por su habilidad política y su capacidad de convocatoria –al margen de que está fuertemente cuestionado por los casos de corrupción del PP-, sí logró frenar violentamente el proceso.

Y aunque en los primeros días Puigdemont se anotó varios éxitos por la represión, a medida que fue pasando el tiempo, fue perdiendo fuerza por no tener la capacidad de mostrar vías alternativas a la dureza de Rajoy

Debido a ello, Puigdemont tomó una solución dura -con el apoyo del Parlament catalán- que buscaba ser un cartucho incontestable: declaración de independencia con el apoyo de las instituciones democráticas. Lo que una vez más no supo leer fue la mayor dureza de del gobierno de Rajoy, quien no solo no se amilanó, sino que recurrió a la Constitución española, disolviendo el gobierno catalán, tomando control de él y descabezando algunas instituciones como la policía autonómica.

Y si bien eso podría haber sido explotado comunicacionalmente por el independentismo como un gesto profundamente dictatorial y polémico, terminó siendo aceptado y apoyado por varios países. En efecto, el movimiento catalanista se ha anotado algunos triunfos comunicacionales (como la salida del

director de la policía, por no querer reprimir compatriotas), pero que han sido esencialmente tácticos.

Inexistencia de un plan alternativo

Si se analizan los diferentes pasos que ha tomado Puigdemont y el bajo efecto que han tenido, se aprecia una inexistencia de un plan B y la falta absoluta -como hemos reiterado- de comprensión de la fortaleza que el Ejecutivo español es capaz de crear. De hecho, una vez que el poder Ejecutivo español (que es parlamentario y, por lo tanto, ha negociado previamente sus pasos) le negó la salida, Puigdemont comenzó con una serie de gestos que denotaron su debilidad y que -comunicacionalmente- fueron nefastos, especialmente porque fueron hechos en una concatenación muy desfavorable para su decisión.

El primero de ellos fue la declaración oficial de independencia que, en vez de ser un acto heroico -como los catalanes esperaban, siguiendo otros líderes históricos como Josep Tarradellas-, terminó siendo una comedia de equivocaciones con un mensaje: declaración de independencia, pero con suspensión inmediata en el mismo acto de proclamación, por si no están dadas las condiciones. Este hecho tuvo características casi tragicómicas cuando los medios no se ponían de acuerdo si el presidente había o no declarado la independencia.

El segundo hecho fue su intempestivo viaje a Bruselas. Si bien en un primer momento trató de que se leyera como una forma de escapar de los designios dictatoriales de Rajoy -en busca de una inmunidad internacional-, con el pasar de los días la pregunta transversal se convirtió en cómo un líder que pretende guiar un país en un proceso duro, complejo e inédito no está dispuesto a luchar junto a los suyos, cueste lo que cueste.

El tercer hecho fueron sus recientes declaraciones en las que “se abrió” a negociar otras vías de autonomía con Madrid, a través de entrevistas con los medios. Una vez más, con eso reforzó la sensación de debilidad de su posición como líder, así como su incapacidad de negociar y conducir negociaciones que conduzcan a resultados relevantes.

En definitiva, si bien el catalanismo no puede ser reducido a Puigdemont y su estrategia, lo que sí es cierto es que el presidente catalán ha cometido errores políticos y comunicacionales graves que han minado la posición del movimiento y de sus posibilidades de negociar. Queda por ver si los catalanes mantienen su opción y si la nueva elección del próximo 21 de diciembre confirma el deseo de independencia y quiénes son los que concitan mayor confianza de los ciudadanos.

Paul Venturino D.

Periodista Universidad Católica de Chile

Magíster en ciencia política, mención instituciones y procesos políticos

Universidad Católica de Chile

Magíster en comunicación audiovisual y publicidad, Universidad Autónoma de Barcelona, España

Profesor de pre y posgrado Escuela de Periodismo Universidad Finis Terrae

Profesor magíster de comunicación estratégica facultad de comunicaciones,

Universidad Católica de Chile

Socio y director ejecutivo de Strategika

paul.venturino@grupostrategika.cl



**EL MUNDO ESTÁ MÁS CERCA A TRAVÉS DEL OBSERVATORIO
DE ASUNTOS INTERNACIONALES. SÍGUENOS EN REDES
SOCIALES Y ESCRÍBENOS A NUESTRO CORREO ELECTRÓNICO.**



Observatorio de Asuntos Internacionales Universidad Finis Terrae



@ObsInterUFT



Observatorio Internacional - U. Finis Terrae



observatoriointer@uft.cl



<http://comunicacionesyhumanidades.uft.cl/observatorio-de-asuntos-internacionales>



**Observatorio de
Asuntos Internacionales**

UNIVERSIDAD FINIS TERRAE